

COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS



HISTORIA DEL EROTISMO

GEORGES BATAILLE

TRADUCCIÓN DE JAVIER PALACIO TAUSTE



errata naturae

Índice

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *L'Histoire de l'érotisme*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte.



© Éditions Gallimard, 1976

© de la traducción, Javier Palacio Tauste, 2015

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-75-6

DEPÓSITO LEGAL: M-798-2015

CÓDIGO BIC: JF

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRÓLOGO	9
PRIMERA PARTE:	
INTRODUCCIÓN	17
EL EROTISMO Y LA REFLEXIÓN DEL UNIVERSO POR EL ENTENDIMIENTO	19
SEGUNDA PARTE:	
LA PROHIBICIÓN DEL INCESTO	25
I. EL PROBLEMA DEL INCESTO	27
II. LA RESPUESTA DE LÉVI-STRAUSS	39
III. EL PASO DEL ANIMAL AL HOMBRE	51
TERCERA PARTE:	
LOS OBJETOS SOMETIDOS A PROHIBICIÓN	61
I. LA SEXUALIDAD Y LAS EXCRECIONES	63
II. LAS PROHIBICIONES RELATIVAS A LA PROPIEDAD Y LA AUTOCREACIÓN DEL HOMBRE	71
III. LA MUERTE	85
CUARTA PARTE:	
LA TRANSGRESIÓN	95
I. LA FIESTA O LA TRANSGRESIÓN DE LAS PROHIBICIONES	97
II. EL COMPLEJO DE FEDRA	105
III. EL DESEO HORRORIZADO DE PERDER Y PERDERSE	113
IV. EL OBJETO DEL DESEO Y LA TOTALIDAD DE LO REAL	121

QUINTA PARTE:	
LA HISTORIA DEL EROTISMO	131
I. EL MATRIMONIO	133
II. LA FUSIÓN ILIMITADA O LA ORGÍA	139
III. EL OBJETO DEL DESEO	149
IV. LA DESNUDEZ	161
SEXTA PARTE:	
LAS FORMAS ELABORADAS DEL EROTISMO	167
I. EL AMOR INDIVIDUAL	169
II. EL AMOR DIVINO	181
III. EL EROTISMO SIN LÍMITES	187
SÉPTIMA PARTE:	
EPÍLOGO	199

El acto de la cópula y los miembros de los que precisa son de tal fealdad que, si no fueran acompañados de la belleza de los rostros, de los adornos de los participantes y del impetu desenfrenado, la naturaleza perdería a la especie humana.

Leonardo da Vinci

Entre el hombre normal que lleva al hombre sádico a un punto muerto y el sádico que convierte tal atolladero en una salida es éste el más consciente de la verdad y la lógica de su situación, y el que dispone de un conocimiento más profundo, hasta el punto de poder ayudar al hombre corriente a comprenderse a sí mismo, contribuyendo a modificar las condiciones de toda comprensión.

Maurice Blanchot

PRÓLOGO

... pronto estaremos definitivamente unidos. Me extenderé con los brazos abiertos, te abrazaré y me revolcaré contigo entre grandes secretos. Nos perderemos y nos volveremos a encontrar. Ya no habrá nada que nos separe. ¡Lástima que no puedas presenciar esa felicidad!

Maurice Blanchot

I

Los seres humanos menos cultivados y de extracción más humilde demuestran un conocimiento de lo posible, e incluso de la totalidad de lo posible, cercano, por su profundidad e intensidad, al de los grandes místicos. Sólo se requiere cierta energía, disponible en abundancia, al menos en los primeros años de la edad adulta. Pero esa intensidad y esa profundidad van a la par con la necedad, la vulgaridad, e incluso, justo es reconocerlo, con la fealdad de los juicios que suelen formarse con respecto a lo posible experimentado en carne propia. Esos juicios contribuyen al fracaso último de una operación cuyo sentido se les escapa. Resulta de lo más corriente: por casualidad, un ser humano se encuentra en algún lugar de incomparable belleza, y sin que podamos considerarlo una persona insensible se descubre incapaz de expresarse, a la vez que se produce en su mente esa concatenación de banalidades de las que se nutren normalmente sus conversaciones. Cuando se trata de la vida erótica, la mayor parte de nosotros se conforma con los tópicos más vulgares. Su aparente ordinariez constituye

una trampa en la que raro es no caer, convirtiéndose en motivo de indiferente desdén. Otras veces se niega su horrible apariencia para pasar del desdén al tópico: «No hay nada vergonzoso en la naturaleza», afirman entonces. Sea como fuere, siempre nos las arreglamos para disimular semejante vacuidad intelectual en esos momentos en los que, sin embargo, teníamos la impresión de que el velo estaba a punto de rasgarse.

Con este libro he querido desplegar un pensamiento a la medida de esos momentos, alejado de la terminología científica (que aportaría un *modo de ser* incompatible con su objeto) y no obstante riguroso hasta el extremo, como exige un sistema intelectual coherente capaz de acceder a la totalidad de lo posible.

La reflexión humana no puede apartarse con indiferencia de un objeto que le afecta como ningún otro. Precisamos de un pensamiento que no vacile ante el horror, de una conciencia de sí que no retroceda a la hora de explorar a fondo su propio campo de posibilidades.

II

Mi intención, por otra parte, va más allá del deseo de compensar un hecho humillante, como es que los hombres se aparten de su verdad más íntima, que quieran ocultarla. Este segundo volumen¹ prosigue una labor cuyo objeto es una crítica general de las ideas que subordinan la actividad humana a otros fines diferentes al *consumo*² inútil de sus recursos. De lo que se trata es

¹ *Historia del erotismo*, redactada entre el invierno de 1950 y el verano de 1951, se concibió como continuación de *La parte maldita*, publicada en 1949 (N. del T.).

² Bataille utiliza a lo largo del libro, como en otras de sus obras, el término *consumation*, traducible por «consumo», pero en el sentido de consumición, de destrucción total y completa, como por obra del fuego. Esta noción de consumo es, por tanto, ajena, sino opuesta, a como la entienden las sociedades contemporáneas en el contexto del capitalismo (N. del T.).

de suprimir los puntos de vista sobre los que se fundamentan las concepciones serviles.

Siempre me ha parecido que el pensamiento servil, su sujeción a unos fines útiles, en una palabra, su dimisión, acaba siendo peligroso en extremo. En efecto, el pensamiento político y técnico de la actualidad, caracterizado por una suerte de hipertrofia, nos ha arrastrado al plano de los fines útiles con unos resultados en última instancia irrisorios. No vale la pena pretender esconderlo: se trata finalmente de un fracaso humano. Es cierto que ese fracaso no afecta a todos los hombres por igual. El *hombre servil* es el único cuestionado, pues aparta la mirada de todo cuanto no es útil, de todo cuanto no *sirve* para algo.

Pero ese *hombre servil* detenta hoy, en todas partes, el poder. Y aunque es cierto que no ha reducido todavía a la humanidad entera a sus principios, tampoco deja de serlo que no se ha alzado ninguna voz que denuncie verdaderamente el servilismo y señale lo que haría inevitable su quiebra... Lo cual no es tarea sencilla... Hay dos hechos comprobados: nadie ha sido hasta el momento capaz de negar el derecho del *hombre servil* a ostentar el poder, ¡y, sin embargo, su fracaso ha alcanzado dimensiones monstruosas!

La impotencia de quienes se escandalizan ante esta situación, por lo demás trágica, resulta menos sorprendente de lo que parece. Aunque el fracaso del *hombre servil* se ha consumado, aunque las consecuencias sean terroríficas, no es menos cierto que los principios a los cuales se opone el pensamiento utilitario dejaron de estar en vigor hace tiempo. En la medida en que perviven conservan un vano prestigio ligado al fracaso final de esos otros principios por los que fueron derrotados. Pero a este respecto sólo escucharemos un penoso lamento mil veces repetido.

Es una tarea solitaria rastrear en la experiencia del pasado no los principios manifiestos, sino las leyes ignoradas que rigen el mundo y cuyo desconocimiento nos arrastra por el sendero de

la desgracia. El pasado, que no aceptaba servidumbre alguna, se perdió entre caminos oblicuos, extraviándose sin cesar y acomodándose. Nosotros nos extraviamos en sentido opuesto, en el espanto de un avance tan insensato como vergonzosamente ilusorio. Pero esta humanidad, escarmentada por los malos recuerdos, tiene como únicos caminos los propios de un pasado que no supo (ni pudo) seguir de manera consecuente. Si antaño todo *servía* al interés de *algunos*, ahora hemos decidido que todo *sirva* al interés de *todos*. Se entiende que, a efectos prácticos, el sistema más nefasto es el segundo, por cuanto resulta menos imperfecto. Pero ésa no es razón para reinstaurar el primero. Sin embargo, si no hacemos del *consumo* el principio soberano de toda actividad, no podremos sino sucumbir a esos monstruosos desórdenes sin los cuales no seremos capaces de *consumir* toda la energía de que disponemos.

III

Lo paradójico de mi propuesta se revela en que debo demostrar el absurdo de un sistema donde cada cosa *sirve*, donde ninguna es *soberana*. Y no puedo hacerlo sin demostrar que un mundo donde nada es soberano es el peor de los mundos posibles. No obstante, eso equivaldría a decir, en definitiva, que necesitamos valores soberanos y, en consecuencia, que resulta *útil* contar con valores inútiles...

Lo cual haría complicado mantener el principio esencial formulado en mi obra anterior, *La parte maldita*³, donde expuse la relación de la producción con el consumo (con el consumo improductivo). Ahí demostraba, por supuesto, que la producción

³ *La Part maudite*, París, Les Éditions de Minuit, 1949. Trad. cast.: *La parte maldita*, Barcelona, Edhasa, 1974 (N. del T.).

tiene menor importancia que el consumo, permitiendo en consecuencia que en el consumo se trasluzca alguna utilidad (¡utilidad igual, en suma, a la de la producción!).

Este libro es muy diferente, pues describe los efectos en el espíritu humano de una suerte de consumo de energía por lo general considerado abyecto, y prescribe la continuidad entre el carácter soberano del erotismo y la utilidad que éste podría conllevar. La sexualidad, desde luego, tiene una tarea encomendada, pero el erotismo es una forma soberana *que no puede servir para nada*.

Quizá parezca poco decoroso convertir una actividad reprochable, ligada por lo común a lo ignominioso, en la clave de las conductas soberanas.

Deberé excusarme diciendo que no es posible actuar *útilmente* sin tener en cuenta que los seres comprometidos con la utilidad, que la tienen como objeto, responden siempre en primera instancia a las exigencias del erotismo. Por consiguiente, al margen del punto de vista elegido para examinarlo, ya lo consideremos una forma inalterable de esa autonomía necesaria para el hombre, ya dediquemos nuestro esfuerzo a conocer las presiones energéticas que condicionan a todos los niveles de la escala nuestras decisiones y actividades, nada podría interesarnos más, de entrada, que rendir cuenta de los secretos del erotismo⁴.

Por lo demás, este doble aspecto de mi labor reaparece en el presente libro: he querido, en el epílogo, extraer algunas consecuencias del coherente sistema de gasto de la energía humana, donde el erotismo desempeña un papel relevante. Desde luego, no creo que podamos alcanzar el sentido más profundo de lo

⁴ Este proyecto contará sin duda con un tercer volumen. En cierto modo, este segundo analiza la base del impulso que mueve a la humanidad, mientras que en el primero se describían sus efectos en el conjunto de la actividad humana, en las esferas económica y religiosa. En el tercero se abordará el problema de la autonomía, de la independencia del hombre en relación con los fines útiles, haciendo de la *soberanía* su tema principal. Pero no podré escribir ese tomo hasta dentro de un tiempo. De momento, los dos primeros libros, que por lo demás constituyen diferentes acercamientos, revelan ya una coherencia suficiente.

político sin considerar la conexión entre el trabajo y el erotismo, entre el erotismo y la guerra, allí donde el horror se percibe como trasfondo constante. Trataré de demostrar que esas formas opuestas de la actividad humana beben de una misma fuente, de unos mismos recursos energéticos. De ahí la necesidad de proporcionar a las cuestiones económicas, militares y demográficas una solución adecuada, o abandonar cualquier esperanza de salvaguardar la civilización actual.

IV

Soy consciente de que las posibilidades de ser entendido son escasas. No es que *La parte maldita* haya sido mal recibido, y menos aún en los ambientes a los que decidí dirigirme. Pero mis propuestas suponen una ruptura radical en muchos sentidos. Ante las reacciones de personas muy cualificadas descubrí que, en un primer momento, mis ideas resultan atrayentes y suscitan interés, para advertir después que precisan de un largo periodo de digestión. Ciertamente, considero las objeciones que se me han hecho como simples malentendidos que deben ser aclarados. Pero entre las ideas habituales y las que propongo la distancia es considerable.

Por desgracia, temo que el presente trabajo resulte en realidad inadecuado para tranquilizar a quienes mostraron interés por mi anterior libro. La decisión que me ha llevado a cuestionar al hombre en su totalidad —el conjunto de lo real concreto— no dejará de parecer sorprendente desde el momento en que lo que abordo es el ámbito maldito por excelencia.

No pretendo ahora disipar cierto malestar que he provocado de un modo consciente. Pienso que tal malestar era necesario. ¡Contemplemos las dimensiones del abismo que se abre ante la humanidad! ¡Un ánimo siempre presto a retroceder ante el

horror podría estar a la altura de los problemas planteados por nuestro tiempo? ¿Por el *tiempo maldito* por excelencia?

Me gustaría, sin embargo, deshacer de antemano un malentendido provocado en parte por mi actitud. Mi libro podría considerarse una apología del erotismo, pese a haber pretendido únicamente describir un conjunto de reacciones de incomparable riqueza. Confío en que mi argumentación pueda seguirse de forma coherente: la existencia humana impuso el horror a toda sexualidad; ese horror impuso por sí mismo el plano de atracción que constituye el erotismo. Si mis concepciones parecen en cierto sentido apologéticas, el objeto de tal apología no es el erotismo sino, más bien, la humanidad. Que la humanidad no deje de manifestar, de manera obstinada e irreconciliable, una serie de reacciones de un rigor imposible resulta verdaderamente digno de admiración: ¡nada más admirable que eso! Por el contrario, la relajación, la ausencia de tensiones y la molición propias de un desorden incontinente constituyen otros tantos atentados al vigor de la humanidad; pues la humanidad dejará de ser tal el día en que no sea lo que es, es decir, algo configurado a partir de violentos contrastes.